

## ***Las vertientes externa e interna del imperialismo cultural: una crítica a Edward Said***

**Emma Benzal\***

*"La conquista de la tierra, que sobre todo supone quitársela a aquellos que tienen una complexión ligeramente distinta de la nuestra o narices ligeramente más chatas que las nuestras, no es algo agradable si se la observa de cerca. Sólo la idea la redime. La idea que subyace a ella; no una pretensión sentimental sino una idea; y una creencia generosa en esa idea: algo en lo cual basarse, ante lo cual prosternarse, por lo cual sacrificarse..."*

J. Conrad, *El Corazón de las Tinieblas*

Al hablar de imperialismo en general y de imperialismo cultural en particular resulta muy difícil sustraerse a la cita que precede a este escrito. No niego que incluso puede llegar a ser tedioso recurrir una vez más a un texto que, de puro usado, casi carece de sentido, pero lo cierto es que probablemente constituya la condensación más clara de lo que queremos decir cuando hablamos de imperialismo cultural.

El imperialismo cultural, así, hace referencia a esa idea de la que habla Marlow, a una idea de conquista o a una idea de imperio que, ya sea previa o contemporánea a la conquista efectiva, en todo caso se distancia de ella en sus elementos definitorios, no sustentándose en esa realidad sino en su propia lógica discursiva, adquiriendo una fuerza propia que le permite ser defendida por encima de los resultados concretos que produzca.

En este sentido, el imperialismo cultural como idea en cierto modo se ha ido entendiendo en paralelo y de forma distanciada a la comprensión de la dominación en general y del imperialismo en particular. Ya en su concreción, esto es, en la puesta en práctica de la idea, el imperialismo ha sido mayoritariamente abordado desde un punto de vista material, como algo únicamente observable desde la óptica de lo cuantificable. No existe en él la subjetividad propia de la consecución de una idea sino la lógica implacable del cumplimiento de unas necesidades materiales concretas. En definitiva, cuando nos alejamos de la comprensión del imperialismo cultural para acercarnos al imperio como probable resultado de ese imperialismo cultural, es la concepción económica del fenómeno imperialista la que, gracias a su facilidad cuantificadora, predomina.

Durante mucho tiempo, por tanto, los estudiosos del imperialismo olvidaron por completo el concepto de imperialismo cultural y colocaron las causas y explicaron el funcionamiento del imperialismo atendiendo únicamente a los beneficios económicos que éste reportaba a sus agentes: era simplemente el medio, bien para colocar los excedentes de capital europeos, bien para proporcionar a Europa materias primas indispensables para su nuevo sistema productivo de tipo industrial.

Afortunadamente esta visión reduccionista del imperialismo fue complementada con otro tipo de explicaciones que, sin embargo, seguían olvidando “la idea” y continuaban en la lógica del dominio como poder cuantificable. Entre estas nuevas explicaciones destacan aquellas que esencialmente consideran el imperialismo una herramienta política más dentro de las relaciones interestatales y que, por tanto, basan el éxito o el fracaso de la política imperialista en su capacidad o no de colocar a quienes la ejercen en un plano de superioridad respecto a sus pares.

Para ambos tipos de explicaciones, por tanto, el imperialismo es un hecho tan incontestable que quienes lo analizan no llegan a plantearse que todo sistema de dominación debe dotarse de distintas herramientas para lograr sus objetivos, herramientas que van más allá del poder material asociado al capital o a los cañones y que tienen unas características menos tangibles pero tan relevantes como las anteriores. Es la extensión de la concepción del poder a terrenos más abstractos y su entendimiento como un sistema de control completo en el que no sólo se controla lo material sino también lo inmaterial la que permite que empecemos a observar el imperialismo como algo más que una dominación representada por la toma de territorios y el gobierno de los pueblos. El imperialismo comienza entonces a ser concebido como un sistema de

dominio en el que la representación de la realidad es tan importante como el desarrollo de la misma, en el que la idea es tan importante como su puesta en marcha<sup>[1]</sup>.

Pues bien, esta representación de la realidad tiene su reflejo en la cultura, entendida ésta como las distintas formas –artísticas o no- que configuran nuestro conocimiento más inmediato y espontáneo sobre nosotros mismos y sobre los otros, cultura que se ve afectada por el imperialismo –dando lugar a lo que llamamos imperialismo cultural- cuando es monopolizada por un tipo de lenguaje cerrado en el que tanto el significante como el significado, tanto el vocabulario empleado como el mensaje percibido tienen su origen y su fin en el imperio, esto es, cuando queda sometida de tal forma a la lógica imperialista que acaba promoviendo un conocimiento determinado que favorece la perpetuación del sistema imperialista.

Es esta subordinación de la cultura a la lógica del imperio la que ha hecho que el imperialismo cultural sea generalmente concebido en una sola dirección: la que va desde el agente imperialista al sujeto del sometimiento o el otro colonizado. Sin embargo, como veremos más adelante, me interesa mostrar que también el imperialismo cultural tiene una vertiente interna, frecuentemente olvidada pero tan importante como la exterior, que permite que la cultura en su definición del otro se convierta en el medio para dar coherencia al sistema en el que es generada, proporcionando tanto una visión del otro como de uno mismo que da lugar a un imaginario tanto externo como interno.

En el análisis de la vertiente externa del imperialismo cultural encontramos un exponente fundamental en Edward Said, especialmente en sus obras *Orientalismo*<sup>[2]</sup> y *Cultura e Imperialismo*<sup>[3]</sup>. Para él, este tipo de imperialismo cultural se remonta a los primeros contactos entre occidente y oriente, si bien alcanza su mayor perfección a lo largo del siglo XIX y principios del siglo XX, caracterizándose por promover a través de distintos medios culturales una idea del otro que lleva a concluir que la colonización es algo inevitable y necesario. La cultura se convierte en el instrumento de legitimación del imperialismo al definir al otro de tal forma que sólo con la acción imperialista puede ser salvado de su propio destino y llevado hacia un lugar mejor. El imperialismo cultural en su sentido externo, por tanto, está estrechamente vinculado a un ideal de civilización y a la necesidad moral de extender este ideal.

Este tipo de imperialismo cultural ante todo va a utilizar la ciencia como lenguaje para definir al otro puesto que todo planteamiento científico está dotado de una legitimidad superior que dificulta enormemente su cuestionamiento y que sólo admite la confrontación desde el uso del mismo vocabulario, el de la ciencia. Así, el científico, mediante su uso de un método infalible que está despojado de toda subjetividad pues se basa en la observación desinteresada, primero observa y posteriormente procede a la catalogación, aún más desprovista de subjetividad al ajustarse a tipologías cerradas y generalmente inmutables. Estamos, por tanto ante una tarea puramente descriptiva, lo que constituye la esencia de la objetividad, siendo las ciencias que mejor van a realizar esta tarea aséptica e infalible la biología, la antropología y la lingüística.

Ahora bien, lo que demuestra el análisis del imperialismo cultural es que la observación y catalogación que son su instrumento carecen de la objetividad pretendida no tanto porque realmente la ciencia se ponga al servicio de los intereses imperialistas y por tanto dé una visión parcial de los hechos como porque las propias herramientas científicas contienen en sí mismas el germen de la dominación imperialista. La lógica científica supone un sistema de coherencia universal en el que todo tiene un orden y un lugar determinado, orden en el que, por definición, el que observa es el que posee la capacidad de observar y conocer y el observado, por la misma lógica, carece de tal capacidad. De ahí que en un orden racional y coherente el otro sea calificado de inferior simplemente porque el hecho de que sea definido, esto es, el hecho de que no sea capaz de definirse a sí mismo le coloca en una posición de subordinación, necesitando la definición de otro para ser.

Esto hace que el otro sea colocado en una posición de inferioridad no tanto con el fin de instrumentalizarlo para los objetivos de dominación imperialista como porque simplemente es presentado de la única forma posible para que el esquema cognitivo del momento en el que se produce sea coherente. De ahí que para que tal esquema tenga un sentido completo debemos considerar que tal definición del otro también supone la de uno mismo, convirtiéndose todo el proceso en un juego de espejos y oposiciones que, en definitiva, nos permite hablar también de imperialismo cultural interno<sup>[4]</sup>. Así, aunque el imperialismo cultural habitualmente es entendido sólo como la producción de una representación del otro con unas características tales que hacen indefectible el imperialismo –así es como podemos encontrarlo en las obras de Edward Said- debe más bien ser concebido como un sistema en el que la forma de representar al otro conlleva también la representación de uno mismo.

En definitiva, en la visión del imperialismo cultural planteada aquí éste quedaría definido como un sistema de representación cultural que parte de una cosmovisión la cual, siguiendo una lógica de dominación, no tiene tanto el propósito de dar argumentos o justificaciones a la misma como de dotar al sistema de coherencia, teniendo como resultado tanto la definición del otro, sujeto de colonización, como del agente colonizador.

Ahora bien, los instrumentos de los que se dota el imperialismo cultural para llevar a cabo su labor de definición del otro alcanzan su objetivo imperialista con mayor precisión cuando escapan del ámbito de su propia disciplina científica y son insertados en un discurso general que aparentemente no tiene ya nada que ver con ellos. Así, los conocimientos logrados mediante el sagrado método científico son trasvasados de forma imperceptible a otros instrumentos más populares, generándose entonces toda una iconografía del imperio que es la que, en mi opinión, verdaderamente constituye la esencia del imperialismo cultural.

Como sabemos, la extensión de la capacidad de decisión política a cantidades más amplias de las poblaciones europeas supone la aparición de una cultura de masas que va a afectar, cómo no, al imperialismo. Una vez establecida una imagen científica y erudita del otro que, si no justifica al menos explica, el proyecto imperialista es preciso extender tal imagen a sectores más amplios de la población, logrando, así, bien su apoyo, bien su comprensión de tal proyecto. El imperialismo, en este sentido, va a utilizar las mismas herramientas que cualquier otro tipo de producción cultural de gran alcance, herramientas que van desde la publicidad de artículos de consumo –también una novedad en la época que nos ocupa asociada a la extensión de la capacidad de consumo a sectores más amplios de la población-, a las postales de viajes, las tarjetas que acompañaban a los paquetes de galletas, té o cigarrillos (las cuales contenían series enteras dedicadas a diversos temas del imperio como los cuerpos del ejército, las posesiones coloniales, las batallas más importantes...), los periódicos, revistas y novelas –especialmente las dirigidas a un público juvenil- y, finalmente, a espectáculos de masas como el *music-hall* o las exposiciones universales<sup>[5]</sup>.

Debemos tener en cuenta que, a pesar de lo que muchas veces pueda parecer, el imperio tal y como es contemplado hoy por nosotros no era una entidad tan familiar. Ni era percibido como tal por todo el mundo ni quienes sí lo percibían utilizaban un mismo

concepto de imperio –por ejemplo en Gran Bretaña muchos manejaban una idea del imperio que sólo incluía a los dominios y, como mucho, a Sudáfrica e India-. El imperio era patrimonio de grupos minoritarios y precisaba extender su comprensión al resto de la población. Para ello, el imperialismo cultural que es transmitido mediante los instrumentos de producción cultural de masas señalados anteriormente extiende el conocimiento científico hasta entonces minoritario mediante su presentación de forma no especializada, simplificada y esencialmente visual no ya con la intención de describir y comprender al otro como con el objetivo de educar al europeo en la idea de imperio, así como con el de generar en el europeo una imagen grandiosa de sí mismo<sup>[6]</sup>.

Así, la imagen que se promovió del imperio y, con ella, la imagen que se promovió de los propios agentes imperialistas sirvió también para reforzar el sistema dentro del cual fue generada, un sistema que se estaba tambaleando, especialmente en Gran Bretaña. Así, como nos muestra Cannadine<sup>[7]</sup>, la imagen imperial sirvió en este país para reforzar una monarquía un tanto deteriorada y para crear una imagen de unidad frente a una sociedad cada vez más fraccionada desde el surgimiento de la clase obrera. El mundo jerárquico y señorial, de este modo, es perpetuado mediante el imperio a pesar de que la realidad estuviera apuntando hacia el surgimiento de nuevas relaciones sociales más complejas.

En este mismo sentido, Cannadine nos muestra que realmente el imperialismo cultural no generó un lenguaje *ex novo* para el sometimiento de otros pueblos. Ni hacia fuera ni hacia dentro creó una concepción individualizada y singular del imperio sino que se limitó a utilizar un vocabulario que ya poseía. Así, la sociedad europea, especialmente la británica, se limitó a extender su visión jerárquica de la sociedad a otros pueblos, de tal modo que al igual que dividía a su sociedad en estamentos así dividía las razas y las culturas. Incluso el racismo puede ser contemplado como inserto en un sistema de discriminación que no es sólo externo, pudiendo establecerse ciertas analogías entre el tratamiento dado a los míseros trabajadores de las fábricas y a los negros de ultramar. Lo que los británicos primaban dentro y fuera muchas veces era el estatus por encima del color de la piel y fue esta discriminación basada en la clase lo que les permitió tratar con las élites indígenas en un nivel de cierta igualdad<sup>[8]</sup>.

Pero, volviendo una vez más a la "idea" de Conrad, es importante señalar que los dos sistemas interrelacionados de producción y reproducción cultural, tanto los que tienen una vocación externa como los que tienen una vocación interna, no precisan tener un anclaje fuerte con la realidad. Como hemos visto, todo el imaginario cultural asociado

al imperio, a pesar de adoptar la apariencia de descripción despojada de toda subjetividad, tiene como objetivo generar una concepción ideal de la realidad que se encuentra alejada de la realidad misma. A veces precede a la realidad en un intento de modificarla y en otras ocasiones simplemente va paralela a ella y la disfraza pero en todo caso es algo en cierto modo ajeno a ella<sup>[9]</sup>. Por ello hablamos de cultura como representación, si bien el éxito de la misma radica en su capacidad de aparentar ser algo concluido y cerrado además de reflejo cierto e indudable de la realidad.

A partir de esta idea de imperialismo cultural que combina tanto su vertiente externa como su vertiente interna podemos, finalmente, señalar algunas críticas que pueden dirigirse a la concepción de imperialismo cultural que maneja uno de sus estudiosos más eminentes, Edward Said.

La primera y obvia crítica que le podemos hacer está dirigida a su comprensión del imperialismo cultural sólo en su sentido externo. Más en *Orientalismo* pero también en *Cultura e Imperialismo* encontramos una definición de lo que él entiende por imperialismo cultural que únicamente se centra en la forma de representación del otro sin tener en cuenta el papel que juega en este proceso la autodefinición del occidental. Entiendo que lo que Said precisamente pretende es romper con un sesgo eurocéntrico del análisis y por ello no entra en esta cuestión, pero –y esto nos lleva a adelantar otra de las críticas que podemos realizar- esta omisión acaba conllevando otorgar una intencionalidad a los mecanismos de representación en general pero al mecanismo de representación imperialista en particular que no siempre existe.

Otra importante crítica a Said, que está relacionada con su concepción exclusivamente externa del imperialismo, es que maneja un concepto excesivamente elitista de cultura. Los ejemplos que utiliza para demostrar sus postulados se mueven dentro de un ámbito de producción cultural reservado a sectores minoritarios de la población, sectores para los cuales la autodefinición en términos imperialistas es menos necesaria pues son los agentes directos del imperio. Incluso cuando extiende sus análisis a instrumentos más mayoritarios, como la novela, debe tenerse en cuenta que ésta era mucho menos accesible al público general que otras producciones culturales menos sofisticadas. Como hemos visto, el imperialismo cultural también se refiere a un tipo de producción relacionada con el consumo de masas en la que Said no profundiza y que, a mi modo de ver, representa de forma más completa esa labor imperialista pues no sólo

tiene un mayor alcance sino que además tiene mucha mayor capacidad de fijación por su difícil contestación, al tener en su mayor parte un mero carácter de entretenimiento.

Una tercera crítica que ya he adelantado es la relativa a la intencionalidad del proyecto imperialista tal y como es presentado por Said. Tal vez no lo pretendiera, pero lo cierto es que en su análisis los agentes de producción cultural de tipo imperialista, esto es, los occidentales, parecen tener muy claro cuáles son los objetivos y los medios para conseguirlos. Así, toda presentación del otro en una posición de inferioridad es entendida como el medio para justificar el imperialismo y, aunque no podemos negar que la *consecuencia* de tal presentación sea una justificación del imperialismo, esto no supone admitir que necesariamente el *objetivo* de la definición del otro fuera buscar una justificación de su dominación. Como ya he señalado, la descripción del otro resulta así más porque es la única posible dentro del esquema predeterminado, de la cosmovisión manejada, que porque precise disculpar una acción injusta, además de ser tan imperialista con el otro como con uno mismo –si bien no podemos negar que suele ser el otro el más perjudicado-.

Otra crítica a Said es que no contempla el papel del indígena en el proceso imperialista. La teoría de la colaboración, planteada por primera vez de forma sistemática por Ronald Robinson<sup>[10]</sup>, presenta la idea de que todo proyecto imperial requirió la colaboración de las sociedades indígenas para poder triunfar siendo, por extensión, el fracaso de tal colaboración lo que en último término provocó la descolonización. En este sentido el imperialismo cultural de Said es un esquema impositivo en el que el otro desaparece como agente y simplemente es presentado como sujeto de subyugación. Sin embargo, si contemplamos al otro como posible colaborador tendremos que aceptar, en primer lugar, que también favoreció en muchas ocasiones un tipo de representación determinada que le podía reportar beneficios y, en segundo lugar, que en las relaciones con el otro no siempre eran aplicados los esquemas o prejuicios generados por el imperialismo cultural sino que se primó su estatus y capacidad de cooperación. Esto implica, por tanto, que el imperialismo cultural tenga un carácter más flexible de lo que Said nos sugiere.

Por último, una crítica que señala D. A. Washbrook<sup>[11]</sup> y que me parece muy pertinente, es que el análisis de Said adolece en muchos casos de los mismos defectos de los que acusa al imperialismo cultural, en este caso en su versión orientalista. Así, del mismo modo que Said considera que el orientalismo presenta una visión del oriental



única, reduccionista e inmutable, también acaba concibiendo a occidente como algo monolítico, homogéneo y estático, donde no caben visiones alternativas del otro.

Pero, una vez presentadas estas críticas, no querría dejar de plantear algo que debería ser previo a toda la reflexión sobre el imperialismo cultural y es hasta qué punto no debemos afirmar que toda producción cultural es en sí misma imperialista, tanto en el sentido de que necesariamente precisa para definirse de la oposición a otro como porque detrás de ella hay siempre una lógica de poder que implica cierta imposición.

La cultura, como por otra parte señala con frecuencia Said, es algo que no surge en el vacío ni es ajeno a las condiciones políticas y sociales del momento en el que se produce. Pero, es más, la cultura es el medio por el que expresamos nuestra visión del mundo, visión en la que hay elecciones y omisiones, aceptaciones y rechazos, dentro y fuera y en este proceso, por definición, lo que no forma parte de la visión generada es porque es no deseado y lo que es no deseado depende de quien tenga la capacidad de desear, esto es, de quien tenga el poder para decidir<sup>[12]</sup>.

Esto me permite enlazar con la posibilidad de plantearnos hoy el examen de un imperialismo cultural contemporáneo, pues si concebimos el imperialismo cultural como un sistema de dominación ácrono en el que toda producción cultural implica una imposición, debemos admitir la relevancia de tal cuestión. Creo que es posible afirmar que muchas de las representaciones del otro que hoy manejamos, también sustentadas en análisis de tipo científico, no son más que la repetición de las representaciones originarias, fruto del primer encuentro entre occidente y oriente. Los instrumentos y el lenguaje del nuevo imperialismo cultural siguen siendo los mismos si bien el cambio del contexto en el que se utilizan produce algunas modificaciones. Así, si la ciencia sigue siendo hoy la primera y más autorizada para definir al otro, son otras ciencias las que hoy lo hacen: sobre todo la sociología, la ciencia política y las relaciones internacionales. También hoy se precisa un medio para extender las definiciones científicas al resto de la población y se sigue utilizando la simplificación y la visualización para lograrlo, si bien hoy el vehículo de masas por excelencia es la televisión. Y también hoy el imperialismo cultural nos define a nosotros mismos mediante la definición del otro y, aunque el otro ya no es un ser necesariamente irracional y ya no poseemos el monopolio de la racionalidad debiendo, por tanto, concederle capacidades idénticas a las nuestras, su fracaso histórico frente a nuestro éxito nos sigue situando en un plano de superioridad.

El imperialismo cultural es, por tanto, a la vista de su continuidad en el tiempo, un medio de dominación cuya eficacia no sólo se deriva de su configuración como sistema de representación en el que se genera un tipo de conocimiento sino también de su invisible existencia como sistema de promoción del olvido, que permite que se repitan una y otra vez los mismos esquemas de representación sin que el propio sujeto que los utiliza sea consciente de su reiteración, convirtiéndole así en un eterno e infalible creador de realidad.

---

## NOTAS

[1] O incluso más importante si tenemos en cuenta que en muchas ocasiones precede a la acción y configura su desarrollo.

[2] Said, E. W., *Orientalismo*, Madrid, Libertarias/Prodhufo, 1990.

[3] Said, E. W., *Cultura e Imperialismo*, Barcelona, Anagrama, 1996.

[4] Tomo en parte esta idea de David Cannadine quien en su libro *Ornamentalism. How the British Saw Their Empire* (Oxford, Oxford University Press, 2001) nos muestra cómo el imperialismo cultural es también el reflejo de la propia sociedad británica y, por tanto, debe ser entendido como la "domesticación de lo exótico" (*ibíd.*, p. xix), como la comprensión del otro como extensión de la comprensión de uno mismo. Para Cannadine, así, a diferencia de lo que puede concluir Said, los británicos no consideraban a los pueblos de ultramar a los que llegaban radicalmente distintos a ellos sino que, por el contrario, explicaron sus diferentes estructuras sociales en función de las suyas propias, estableciendo de este modo extrapolaciones de lo doméstico a lo exterior.

[5] Para una exposición detallada de este tipo de producción cultural ver el excelente libro de J. M. Mackenzie, *Propaganda and Empire. The Manipulation of British Public Opinion, 1880-1960*, Manchester, Manchester University Press, 1984.

[6] En concreto, la imagen que surge como reflejo y oposición a la creada por el imperialismo cultural externo es la de un occidental civilizado, emprendedor, ilustrado y, ante todo, racional frente a la del oriental atrasado, exótico e incapaz de pensamiento racional. También es interesante destacar que en esta imagen la virilidad y todos los valores relacionados con lo masculino quedarán asociados al agente imperialista mientras que los valores relacionados con lo femenino serán asignados al colonizado. Esto demuestra que no sólo se perpetúa una imagen del imperio sino también una configuración social occidental –en este caso de tipo patriarcal– determinada (ver en este sentido entre otras: McClintock, A., *Imperial Leather. Race, Gender and Sexuality in the*

*Colonial Context*, Nueva York y Londres, Routledge, 1995 o Wilson, K., *The Island Race. Englishness, Empire and Gender in the Eighteenth Century*, Londres y Nueva York, Routledge, 2003).

[7] Cannadine, *op. cit.*

[8] Ahora bien, tampoco podemos idealizar estas relaciones inter-élites. Como ya hemos señalado, el imperialismo cultural supone en todo caso situar al otro, al que es objeto de definición, en un plano de inferioridad, tenga éste el estatus que tenga y, por tanto, también las relaciones entre los occidentales y las élites indígenas estaban marcadas por un la superioridad intrínseca de los primeros.

[9] De ahí, que, como señala Said en *Orientalismo (op. cit., 1990)*, sean muchas las decepciones de aquellos socializados en el imperialismo cuando visitan las posesiones imperiales y se encuentran algo distinto a lo que habían imaginado.

[10] Robinson, R., "Non-European Foundations of European Imperialism: Sketch for a Theory of Collaboration", en Owen, R. y Sutcliffe, B., *Studies in the Theory of Imperialism*, Londres, Longman, 1980.

[11] Washbrook, D. A., "Orientals and Occidents: Colonial Discourse Theory and the Historiography of the British Empire", en Winks, R. W. (ed.), *The Oxford History of the British Empire, Vol. V: Historiography*, Oxford, Oxford University Press, 2001.

[12] Lo que, sin embargo, no supone que siempre el que tiene esta capacidad o este poder ejerce una dominación consciente y planificada sobre el otro (ver tercera crítica a Edward Said).

## **BIBLIOGRAFÍA**

Cannadine, D., *Ornamentalism. How the British Saw Their Empire*, Oxford, Oxford University Press, 2001

Mackenzie, J. M., *Propaganda and Empire. The Manipulation of British Public Opinion, 1880-1960*, Manchester, Manchester University Press, 1984

McClintock, A., *Imperial Leather. Race, Gender and Sexuality in the Colonial Context*, Nueva York y Londres, Routledge, 1995

Robinson, R., "Non-European Foundations of European Imperialism: Sketch for a Theory of Collaboration", en Owen, R. y Sutcliffe, B., *Studies in the Theory of Imperialism*, Londres, Longman, 1980

Said, E. W., *Cultura e Imperialismo*, Barcelona, Anagrama, 1996

Said, E. W., *Orientalismo*, Madrid, Libertarias/Prodhuvi, 1990

Washbrook, D. A., "Orientals and Occidents: Colonial Discourse Theory and the Historiography of the British Empire", en Winks, R. W. (ed.), *The Oxford History of the British Empire, Vol. V: Historiography*, Oxford, Oxford University Press, 2001

Wilson, K., *The Island Race. Englishness, Empire and Gender in the Eighteenth Century*, Londres y Nueva York, Routledge, 2003